

La historia la cuenta el polvo

JANITZIO VILLAMAR

El altar era de fina madera, tallada a mano y después coloreada de vivos matices verdes y rojos, amarillos y blancos. Durante la noche, cuando las puertas del pequeño templo permanecían cerradas, el crujido de la madera despertó al impasible aire. El polvo se agitó, abriendo sus ojos a la noche y fue su mirada la que descubrió al pequeño ídolo desprendiendo su cuerpo del altar. Sus ojos blancos revelaban desesperación, la túnica verde, abrigo. Su boca exhaló un suspiro cercano a la desesperación. Al fin, quedó desprendido y el polvo y el aire prefirieron guardar silencio. Sus torpes pasos resonaron huecos sobre el piso de loza y sus brazos tronaron a medida que los fue levantando para empujar la puerta y salir al exterior. Cuando sintió sobre su rostro el aire frío de la noche, sus ojos soltaron gruesas lágrimas.

Desde el interior del templo, las motas de polvo más atrevidas se asomaron al exterior y lo vieron detenerse durante un instante para “moquear” y después alejarse rechinando, lentamente, sin rumbo fijo. Entonces se les ocurrió que podían preguntar a sus hermanas hijas de la propia figura, la razón de su dolor, pues entre el polvo hay polvo de diversas procedencias y cada polvo es polvo enamorado de su origen. Así, el polvo emanado de la figura fue buscado hasta ser hallado en el camino recorrido desde el ígneo altar hasta la puerta del templo, en donde el polvo permanecía a salvo del viento exterior de la noche.

Y al polvo le preguntaron, y el polvo les respondió: “la madera no era de madera, su cuerpo era de piel y sangre

y huesos y conciencia cuando el rayo lo acribilló. Sólo Dios sabe por qué recibió aquel castigo, pero cayó sobre él cuando estaba más enamorado, enamorado de una joven a la que amó una sola vez antes de caer fulminado. Cuando se alejaba de los brazos de su amada, se desató la lluvia y un relámpago lo alcanzó a la puerta del templo. La fuerza del choque golpeó sus espaldas contra la puerta y lo arrojó contra el altar, hace unos doscientos años. Vuelto madera, adherido al altar, ha luchado contra su destino durante estos años, viendo a la joven convertirse en madre, en abuela y finalmente morir sin poder explicarle jamás que no huyó, que la amaba, que estaba más cerca de ella de lo que cualquiera pudiera imaginar. Y después de tantos años, la madera que lo unía al altar al fin se quebró, liberándolo, lleno de dolor”. Y el polvo no preguntó más al polvo. El silencio cayó sobre ellos.

Por la mañana, el padre Agustín descubrió la falta de la figura que dos siglos antes apareciera de la nada. Su mano hizo ciertos signos en el aire y se alejó en silencio, cerrando tras de sí las puertas del templo. 🌩



Ana Gloria Álvarez